

Postconvencionales

No. 5-6, septiembre 2012, ficheros adicionales. ISSN: 2220-7333.
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Anexo A

Etapas del desarrollo de la fe, según James W. Fowler (1976).

Etapa Uno: fe intuitivo-proyectiva (edades promedio: 4 - 7)

A. Locus de autoridad

Las disposiciones fundamentales y su expresión dependen principalmente de las relaciones con otros “primarios” (padres, familiares o sustitutos). Estas personas representan poder, sustento y seguridad. La dependencia del niño respecto a ellas, y sus lazos afectivos con ellas, les convierten en las autoridades o referencias primordiales en su construcción de un mundo con sentido. Ellas transmiten, tanto de modo consciente como subliminal, sus perspectivas y compromisos básicos respecto a las condiciones últimas de la vida.

Allí donde la fe de los otros primarios se expresa de modo congruente en cuanto al lenguaje, simbolismo y rituales de una tradición religiosa, esos medios pueden revestirse de autoridad para el niño, aunque la confianza del niño en tales medios es derivada o de segunda mano.

B. Criterios y modos de apropiación

Un interés manifiesto por el niño y la posesión de cualidades visibles (superficiales) que atraigan la imaginación e interés del niño son necesarios para que los adultos puedan calificar como modelos de fe en esta etapa. Los niños atienden a, e imitan, los estados de ánimo, gestos y prácticas visibles de tales personas primarias. Las “formas” así observables estimulan y canalizan las proyecciones, intuiciones y fantasías espirituales del niño, mediante las cuales trata de entenderse con un mundo que hasta el momento se le presenta carente de orden, mágico e impredecible. La comprensión cognitiva del lenguaje y de las acciones o compromisos de otros significativos es limitada, pero la inversión afectiva en ellos a menudo les da un poder formativo sobre la conciencia normativa del niño, en cuanto a la responsabilidad o adultez ideal.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

El pensamiento es *preoperacional* (Piaget), marcado por el egocentrismo y por el uso símbolos y conceptos (o preconceptos —Vygotsky—) de una forma lábil o fluida. Típicamente hay poca preocupación por separar las fantasías de los hechos. La capacidad narrativa es limitada. Las relaciones causales son vagas para el niño y las nociones de cómo producir efectos en el mundo tienden hacia las explicaciones mágicas.

Los símbolos para la deidad, cuando se usan, son con frecuencia preantropomórficos, y hay un esfuerzo por usar ideas como la invisibilidad, el alma y el aire, para describir a un Dios que no obstante actúa física y substancialmente en el mundo.

D. Adopción de roles y alcance de la identificación

Hasta aquí hay poca capacidad para adoptar el rol de otros. El niño no es capaz aún de construir e interpretar los sentimientos, intenciones o razones íntimas de otras personas. En consecuencia, la interacción con otros es más que nada una cuestión de comportamientos paralelos, de momento a momento, como al jugar.

La identidad y apego primarios se orientan hacia la familia o el grupo que brinda cuidados. Aunque la conciencia sobre las diferencias respecto a otras personas o grupos es escasa y poco consistente, ya se está formando un sentido de la identidad sexual, racial y quizás étnica.

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

Se está formando un sistema del yo o sí-mismo que comienza a tener tanto un presente consciente como un vago sentido del futuro. Con una creciente claridad del sí-mismo como ente separado de los demás, llega una nueva clase de ansiedad enraizada en la conciencia de la muerte. Ahora el niño sabe que la muerte amenaza. Aquellos de los que uno es tan vulnerablemente dependiente pueden ser arrebatados por la muerte. La fe, que es principalmente una cuestión de contar con estos otros, necesita encontrar un fundamento para la esperanza y el sustento más allá de ellos, a fin de “contener” la ansiedad ante el posible abandono a causa de la muerte.

Con esto no se quiere decir que el niño esté obsesionado con estas preocupaciones. Hay momentos, por supuesto, en que estas preocupaciones se tornan obsesivas y, para algunos niños, en que se hacen realidad. Pero éstas constituyen una sombra inevitable, la otra cara de la vida, con el que hay que lidiar de algún modo.

Debe haber alguna nebulosa pero potente fuente de autoridad o de fuerzas más allá de la presencia inmediata, tangible, de los padres u otros adultos significativos. La muerte, la enfermedad y la mala fortuna, así como sus opuestos, no están totalmente bajo el control de aquellos que “controlan” al niño. Los padres o sus sustitutos a menudo dan pruebas de reconocer a una o más autoridades o poderes por encima de sí mismos. Debe mostrarse alguna clase de deferencia ante estos poderes que trascienden y gobiernan a su antojo, incluso a los padres.

Etapa Dos: fe mítico-literal (edades promedio: 6½ - 11)

A. Locus de autoridad

El dominio de la autoridad legítima se extiende ahora más allá de los otros primarios para incluir a los maestros, líderes religiosos, costumbres, tradiciones, medios de comunicación, libros, y a las ideas de los compañeros. En esta etapa, el saber mítico, los rituales, la música y simbolismos de una tradición religiosa pueden causar hondas impresiones sobre las personas. En lo que se refiere a la experiencia perceptual, el niño comienza a confiar en su propia lógica y juicio, desarrollando así cierta clase de empirismo.

A menos que se hayan descalificado a sí mismos, el grupo familiar primario, ahora extendido para incluir a otros “como nosotros” (en términos religiosos, étnicos, de clase social y/o raciales), típicamente sigue proporcionando los modelos más importantes y las sanciones que validan la forma y el contenido de la fe.

B. Criterios y modos de apropiación

Nuevas capacidades para la adopción de roles permiten ahora evaluar y responder a características de las autoridades que no son meramente superficiales (como en la Etapa Uno). Las personas que podrían representar figuras de autoridad o fuentes de conocimiento sobre la fe, tienden a ser ponderadas mediante criterios como los siguientes: (1) concordancia con los valores, estilos, gustos y compromisos de aquellos con los que uno siente mayor identificación y afinidad emocional; (2) consistencia al expresar un genuino aprecio por la persona; (3) impresión de ser competente y/o cualidades interesantes que prometan acceso a una vaga aspiración de futuro; y (4) “ortodoxia” (la forma en que “nosotros” lo hacemos) en cuanto al estilo de acción religiosa. La operación de tales criterios no es del todo consciente a este nivel, sino una función implícita de la pertenencia de una persona a un grupo familiar o a una familia extendida.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

El pensamiento concreto operacional ya se ha desarrollado y la fluidez de los conceptos y del simbolismo ha disminuido. El niño se esfuerza por entender las regularidades y predictibilidad de las relaciones personales y de las condiciones que afectan la propia vida. Hay una inclinación fuertemente empírica, que propicia un enfoque experimental en cuanto al mundo tangible.

Los símbolos para la deidad, cuando se usan, son típicamente antropomórficos. Tienen el poder de causar y hacer; pero también tienen sentimientos y voluntad, y atienden a las intenciones de los seres humanos.

La capacidad narrativa está ahora bien desarrollada. Hay interés por los mitos e imágenes heroicas. El unidimensionalismo y la literalidad caracterizan los esfuerzos por “explicar” lo que los mitos y símbolos procuran transmitir.

D. Adopción de roles y amplitud de la identificación

La capacidad para adoptar la perspectiva del otro se ha desarrollado, aunque la adopción mutua de roles (esto es, “verme a mí mismo tal como me ven otros mientras interactuamos”) aún no es posible. La persona puede adoptar el rol del grupo, pero no se ve a sí misma a través de los ojos del grupo. La interacción con otros es ahora cooperativa (H. S. Sullivan) en contraste con las interacciones en paralelo de la Etapa Uno.

Los parámetros de la identidad y fe de la persona se siguen derivando principalmente de la membrecía asignada en el grupo primario y sus extensiones étnicas, raciales, de clase social y religiosas, las cuales son ahora considerablemente claras para la persona. Aquellos que son “diferentes” son caracterizados en el pensamiento de esta etapa mediante imágenes muy estereotipadas y generales.

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

El mundo de la persona tiene ahora una clase de orden y confiabilidad que es producto de la experiencia de continuidades y de nuevas habilidades cognitivas (lógica inductiva y deductiva,

capacidades de clasificación y seriación, comprensión de relaciones causales, y un sentido lineal del tiempo). La persona ya no experimenta al mundo como algo tan potencialmente caprichoso, arbitrario o misterioso como antes. La persona opera con una comprensión más confiable de las disposiciones, intenciones, motivos y expectativas de otros —y de uno mismo—. Lo ordenado y confiable del mundo (cognitivamente disponible) posibilita una proyección de orden e intencionalidad sobre un escenario más amplio o cósmico. La reciprocidad y justicia, el actuar de acuerdo a ciertas leyes y el respeto por las intenciones, caracterizan las nociones de Dios en esta etapa.

Aún hay, sin embargo, fuerzas y elementos arbitrarios incidiendo en la vida más allá de las capacidades de ordenamiento del niño. La muerte, la enfermedad, los accidentes y el despliegue de las propias características y capacidades físicas se presentan como elementos contingentes de la experiencia.

La fe contribuye a sostener un sentido del propio valor y competencia al proporcionar imágenes ideales del sí-mismo que, a pesar de ser esencialmente privadas, incluyen la identificación y afiliación con personas y grupos ideales. Los símbolos, mitos y rituales religiosos, así como la música y las figuras heroicas pueden proporcionar (donde resulten accesibles) vehículos importantes de identificación y afiliación. Donde se ofrecen efectivamente, pueden convertirse en medios para evocar y expresar la fe del niño o de la persona en un orden o significado trascendente, además de ser garantes del presente y una promesa de futuro.

Etapa Tres: fe sintética-conventional (edades promedio: 12 - adultez)

A. Locus de autoridad

Se sigue a las autoridades convencional o consensualmente sancionadas en diversas esferas de la vida. Los criterios en cuanto a la validez de una autoridad continúan siendo una mezcla de requerimientos de virtudes y capacidades interpersonales, pero a eso ahora se le suma el contar con credenciales expedidas por instituciones, reconocidas por la costumbre, o haber logrado la adscripción de autoridad por consenso. La autoridad tiende a ser externa al sí-mismo, aunque se acepta responsabilidad personal al elegir y al sopesar las fuentes de guía o de conocimiento disponibles. Las disonancias entre autoridades reconocidas se resuelven bien sea estableciendo distintos compartimientos o mediante la subordinación jerárquica. El sentimiento tiende a predominar sobre el razonamiento conceptual.

B. Criterios y modos de apropiación

Los criterios de verdad se generan a partir de lo que uno siente o piensa, sobre la base de valores, creencias y normas convencionalmente validadas. El ejemplo y las expectativas de “otros colectivos” constituyen fuentes importantes de criterios. La Etapa Tres difiere de la Etapa Dos en que ahora hay un “otro” de carácter “colectivo” que incluye doctrinas institucionales y civiles, y leyes (así como personas significativas) que constituyen un sistema de valores implícito, respecto al cual se puede evaluar a las autoridades o conocimientos. Pero no hay cabida para otros criterios mediante los cuales se pueda evaluar críticamente los compromisos más hondamente sentidos o asumidos. Implícitamente, persiste una dependencia respecto a una comunidad (o comunidades) que patrocinan o nutren las propias creencias, actitudes y valores.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

El pensamiento formal operacional temprano es lo característico. Los símbolos son empleados con múltiples niveles de significado, aunque hay poca consciencia de ello. El uso de abstracciones es limitado.

Hay un sistema tácito tras la visión del mundo que tiene la persona, pero este sistema es legitimado por autoridades externas y sentimientos internos, y no es objeto de reflexión crítica como tal. Las creencias y conceptos con que la persona expresa la fe no funcionan como ideas teóricas sino como orientaciones existencialmente valoradas.

La persona está dispuesta a arreglárselas con ideas y símbolos más bien globales o poco diferenciados. Un aura de misterio y de deferencia hacia las autoridades reconocidas compensa la falta de vinculaciones e integración consciente.

D. Adopción de roles y amplitud de la identificación

A este nivel se ha desarrollado ya la mutua adopción de roles en las relaciones interpersonales. La persona ahora se puede ver a sí misma a través de los ojos de uno o más grupos. La interacción con otros ahora puede ser colaborativa (H. S. Sullivan), con una completa mutualidad de la adopción de roles entre individuos y con grupos hacia los cuales haya lealtades comunes (aunque tales lealtades aún no son objeto de elección crítica o consciente).

La adopción de roles o identificación con individuos más allá del propio grupo, presenta cierto desarrollo, pero la incapacidad para asumir el rol de *grupos* diferentes al propio es notoria. Es probable que sus visiones del mundo sean asimilados al propio. La identidad se deriva de la *pertenencia* (familiar, étnica, de género, laboral) y/o del *poseer* (respetabilidad, habilidades, niños, y así por el estilo).

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

Los retos existenciales que dominan a la Etapa Tres se derivan principalmente de nuevas capacidades cognitivas subyacentes a la mutua adopción de roles. La persona, ahora capaz de verse a sí misma *tal como es vista por una variedad de otros significativos*, que ocupan una variedad de puntos de vista diferentes en su mundo, enfrenta el problema de sintetizar esas imágenes especulares. Más aún, necesita encontrar cierta congruencia entre sus propios sentimientos e imágenes de sí mismo y del mundo, con los sentimientos e imágenes de otros.

Una amalgama de imágenes, valores, creencias y actitudes convencionales se confecciona para orientar y trazarle límites a una fe que aún no está completamente diferenciada. En las expresiones teístas de fe en esta etapa, Dios a menudo detenta el rol del “otro colectivo” que resume las expectativas legítimas y las lealtades de los individuos y grupos significativos en la vida de la persona. En esta etapa la fe es *derivada*, al igual que la identidad —una variante, más o menos prometedora, del estilo de un grupo más amplio— (el *grupo* puede entenderse aquí como uno o más de los siguientes: lazos étnico-familiares, normas de una clase social, perspectivas y lealtades regionales, un sistema religioso, un ethos tecnocientífico, los valores y presiones de los pares, y los roles estereotipados según el sexo o el género).

La fe, así expresada y apuntalada, sirve para proporcionar una especie de coherencia y de unidad global a la propia experiencia en un mundo que ahora resulta mucho más complejo y ambiguo. También sirve como apoyo para las imágenes ideales del sí mismo y para los lazos con otros significativos o con fuentes de valores y conocimientos cuyas expectativas, ejemplos y

enseñanzas ofrecen orientación ante un mundo potencialmente abrumador y caótico. Mediante la apropiación de soluciones principalmente vicarias a las constantes tensiones de la vida, y mediante el filtrado de una buena cantidad de datos disonantes, esta etapa de la fe puede proporcionar un poderoso sustento y una base para iniciativas y acciones decisivas en la vida. Pero tiene pocos recursos, aparte de la negación o de una asimilación simplista, para lidiar o tomar en cuenta formas de vida o visiones del mundo distintas a las propias.

Etapa Cuatro: fe individualizante-reflexiva (edades promedio: 18 - adultez)

A. Locus de autoridad

Típicamente, las fuentes de autoridad para esta etapa son representantes carismáticos de opciones ideológicas, una atención intensa (aunque selectiva) a la experiencia personal propia y de los pares, y/o el consenso ideológico de grupos a los que se pertenece intencionalmente (más que por adscripción). La autoridad se ha comenzado a internalizar, y los criterios para su aceptación ya no son cuestiones convencionales. Las lealtades se comprometen basándose en las afirmaciones sentidas y ratificadas en cuanto a valores, creencias, estilo y satisfacción de necesidades.

B. Criterios y modos de apropiación

La apropiación de verdades o conocimientos se guía por criterios de resonancia y congruencia existencial con lo que uno se está convirtiendo o se ha convertido. Si antes la visión que se tenía del mundo era parte de una matriz de experiencia, de autoridad y de una coherencia implícita y asumida, ahora hay conciencia de que uno (así como otros) sostiene un punto de vista. El punto de referencia para validar explicaciones ya no es asimilarlas a un ethos protector (Etapa Tres), sino contrastarlas y contrastar a ese ethos con la propia experiencia, valores y juicios críticos.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

Las operaciones formales se han desarrollado plenamente y la capacidad para reflexionar críticamente sobre la propia fe ha aparecido. Hay conciencia de que la perspectiva de uno es vulnerable y puede cambiar, así como de la relatividad de la forma en que uno vive las experiencias en comparación con las de otros cuyas perspectivas y lealtades son diferentes.

Se tiene conciencia de la propia visión del mundo como un sistema explícito, y se hacen esfuerzos por lograr una consistencia, integración y amplitud internas. Típicamente, la Etapa Cuatro tiene un tono ideológico. Predomina la asimilación sobre la acomodación, y los contenidos subjetivos sobre los objetivos. Las diferencias con otras visiones del mundo son reconocidas agudamente y a menudo dicotomizadas.

D. Adopción de roles y amplitud de la identificación

El sujeto tiene la capacidad de tratar a otros grupos o clases como objetos de la mutua adopción de roles. La continuidad existencial y la integridad del propio grupo se convierten en objetos de preocupación, y el compromiso consciente no sólo es posible en relación a otros individuos (como en la Etapa Tres) sino también en relación a normas, reglas y perspectivas ideológicas subyacentes a los grupos o instituciones.

Las preocupaciones en cuanto a los límites grupales, la exclusión y la inclusión, son típicas. La pureza y la consistencia son temas de preocupación tanto personal como grupal. Con frecuencia se emplean patrones ideales de relación, interpersonales, sociales o institucionales, para criticar los patrones existentes, estableciendo agudos contrastes. La identidad *derivada* (Etapa Tres) ha sido sustituida por una identidad *consciente*.

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

Los retos o crisis existenciales que activan la fe de la Etapa Cuatro se centran alrededor del problema de la individualización. Expresado telegráficamente, la Etapa Cuatro se desarrolla al esforzarse por hallar o crear identificaciones o afiliaciones con grupos definidos ideológicamente, cuya perspectiva dé expresión al sí-mismo en que uno se está convirtiendo o se ha convertido, y a la verdad o verdades que le han llegado a proporcionar a uno su orientación fundamental.

La transición a la Etapa Cuatro implica hacerse plenamente consciente de los límites de la perspectiva convencional que uno tiene. Esta conciencia puede surgir a raíz de confrontaciones con personas o grupos que sostienen otros sistemas coherentes de creencias y acciones; puede surgir al ver amenazada la síntesis convencional de uno, bajo el impacto de crisis prolongadas que ponen al descubierto sus limitaciones; o tal vez de una combinación de las anteriores.

Lo que se espera o necesita es la afiliación a un grupo y a su ideología que proporcionen un estilo de vida y una perspectiva capaces tanto de expresar como de apoyar un mayor desarrollo de la fe que se está individualizando. Cuando no se logra hallar esto, o cuando el ethos dominante no reconoce esta necesidad, muchas personas pasan a una postura transicional que puede llegar a ser muy duradera, a causa de la insatisfacción con los convencionalismos de la Etapa Tres, pero sin los materiales o modelos para construir una fe de la Etapa Cuatro.

La fe de la Etapa Cuatro proporciona canales y lineamientos para orientarse religiosa o ideológicamente y para asumir responsabilidades éticas y políticas en un mundo donde la difusión del relativismo es amenazadoramente real.

Etapa Cinco: fe paradójica-consolidante (edades promedio: 30 como mínimo)

A. Locus de autoridad

La autoridad ya se ha internalizado completamente. Los conocimientos se derivan a través de un proceso dialéctico de evaluación y crítica planteado entre las más profundas experiencias e intuiciones de uno y las formulaciones igualmente maduras que estén disponibles sobre la relación entre lo humano y el plano de lo último. Múltiples comunidades y puntos de vista contribuyen con la compleja visión del mundo que se tenga, que en sí misma no se puede reducir a ninguno de estos componentes. Si bien la normatividad de la tradición, escrituras, costumbres, ideologías y afines es tomada seriamente, estos factores ya no son lo único que cuenta para la persona. Unos métodos y una disciplina personal se han desarrollado para mantener una relación vívida con, participación en, o deferencia hacia, lo trascendente de las condiciones últimas de la vida.

B. Criterios y modos de apropiación

Los criterios sobre la verdad o adecuación de los planteamientos sobre la fe se derivan ahora de una integración de las intenciones respecto a uno mismo y respecto a la comunidad (como en la Etapa Cuatro), con intenciones o esperanzas de lograr una comunidad o una humanidad más inclusiva. Hay una tensión entre las expectativas o lealtades egocéntricas o “grupocéntricas” y las lealtades a una comunidad más abarcante; y de modo similar, entre la “objetividad” y la “subjetividad” en el uso de conceptos y símbolos. La Etapa Cinco asume estas tensiones, aceptando las paradojas cuando resulte necesario, como características esenciales de la verdad.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

La Etapa Cinco afirma e incorpora las polaridades lógicas o existenciales actuando de acuerdo a la necesidad sentida de mantenerlas en tensión, en aras de la verdad. Mantiene su visión del significado, coherencia y valor, siendo consciente del hecho de que es una visión parcial, limitada y contradicha por las visiones y aspiraciones de otros. No es relativista de un modo simple, basado en la idea de que la fe de una persona es tan buena como la fe de cualquier otra si se las abraza con la misma intensidad. Mantiene su visión con una especie de carácter provisionalmente último: recordando su inadecuación y permaneciendo abierta a nuevas verdades, pero también comprometida con el carácter absoluto de la verdad a la que inadecuadamente comprende y expresa.

Los símbolos son entendidos como símbolos, y son vistos en un doble sentido: (1) se reconoce su relatividad en términos de espacio y tiempo, y (2) se afirma su carácter como representaciones relativas de algo más próximo a lo absoluto.

D. Adopción de roles y amplitud de la identificación

La persona tiene la capacidad no sólo de adoptar el rol de otra persona o grupo, sino también de adoptar el rol de otra persona o la visión del mundo de otro grupo, en toda su complejidad.

La Etapa Cinco debe mantener una actividad ético-política con un carácter más complejo que el correspondiente a la Etapa Cuatro, pues tiene una doble conciencia que no es requerida por esta última. Al tratar con grupos opuestos, debe reconocer un grado significativo de identificación —tanto con lo bueno como con lo malo, con las fortalezas y con las debilidades—. Tiene la carga de estar consciente del grado en el que el “libre albedrío” o elección está siempre fatalmente limitado por la historia y situación de la persona o del grupo. Debe decidir y actuar, pero inevitablemente enfrenta la angustia generada por el hecho de adoptar roles que trascienden los límites del propio grupo. Sus imperativos de amor y de justicia deben extenderse a *todas* las personas o grupos.

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

Si la Etapa Cuatro tenía que enfrentarse a los problemas que surgen del proceso de individualización, los retos existenciales característicos de la Etapa Cinco se desprenden de la experiencia de descubrir los límites de las identificaciones ideológicas y comunitarias desarrolladas en la Etapa Cuatro.

Ante todo está la cuestión de la soledad, experimentada ahora como algo cósmico. Uno puede tener relaciones de gran intimidad con otras personas o grupos, pero aquí se admite que uno nunca llega a ser conocido en su totalidad, ni es capaz de conocer a otros totalmente. Aunque uno pueda lograr ciertos patrones de lealtad y compromiso con otra persona o personas, tal lealtad siempre está limitada ya sea por la voluntad, la capacidad o la muerte. Grandes semejanzas o cosas en común

pueden ser descubiertas o creadas, justificando así las celebraciones; pero incluso con aquellos que resultan más cercanos, puede haber diferencias profundas que subrayan una soledad definitiva y el carácter absolutamente único de cada persona. Uno se hace consciente de, y la fe debe lidiar con, la soledad que surge de reconocer las brechas imposibles de cerrar en cuanto a las experiencias, perspectivas y estructuras emocionales de uno y de los demás, incluso de aquellos que son más cercanos.

La fe debe vérselas con las tensiones de ser éticamente responsable pero finito. Si la Etapa Cuatro generalmente ofrece salidas que prometen resolver las tensiones entre los polos de la autorrealización y el compromiso con el bienestar de otros, la fe de la Etapa Cinco tiene que vérselas con el carácter trágico de la tensión entre esos dos polos opuestos. La fe de la Etapa Cinco debe mantener su compromiso con el valor de la acción ética, asumiendo sus costos, a pesar de admitir las realidades de la ignorancia pertinaz, el egoísmo, y las limitaciones de capacidades y de miras —en uno mismo y en los seres humanos en general—.

La Etapa Cinco mantiene su visión de la fe sin las muletas de la autoridad o de la certidumbre ideológica que le sirven de garantías a las Etapa Tres y Cuatro respectivamente. En la Etapa Cinco, la fe es un acto volitivo de compromiso paradójico. La Etapa Cinco es una fe que ha asumido sus dudas y su desesperación con toda seriedad.

Etapa Seis: fe universalizante (edades promedio: 40 como mínimo)

A. Locus de autoridad

El asunto de la autoridad está contenido aquí dentro de una relación de participación no mediada en, y de complementariedad con, las condiciones últimas de la existencia. Hay un sentimiento postcrítico de ser-uno-con con las condiciones últimas de la propia vida y del ser en general. La cualidad paradójica que esto tenía en la Etapa Cinco es superada.

Las condiciones últimas de la vida son diferenciadas de las mundanas; son mantenidas bajo una tensión creativa, interpenetrándose. Usualmente se emplea alguna clase de medios o de disciplina para reestablecer el sentido de participación o inmersión en lo trascendente.

B. Criterios y modos de apropiación

Los criterios para la verdad ahora requieren incorporar las “verdades” de muchas perspectivas diferentes en una síntesis que las reconcilie sin negar sus contribuciones únicas o particulares. En contraste con la Etapa Cinco, esta reconciliación de lo único y de lo múltiple ya no es paradójica, sino que se caracteriza por la simplicidad. Para satisfacer estos criterios la persona debe tener una identificación con el ser, en la cual el amor por sí mismo esté genuinamente incorporado y realizado en el amor por el ser.

C. Funcionamiento simbólico y conceptual

Se tiene una conciencia directa e inmediata del contexto último de la vida. Los símbolos y conceptos cumplen una función secundaria, posibilitando la comunicación, aunque de manera inevitablemente distorsionada. La Etapa Seis recurre a conocimientos y visiones provenientes de muchas fuentes, valorándolas como formas útiles, aunque parciales, de aprehender la verdad.

Los conflictos y paradojas son aceptados como algo esencial para la integridad del ser (al igual que en la Etapa Cinco), pero son unificados en una comprensión de la unicidad del ser, que ya no tiene un carácter paradójico.

D. Adopción de roles y amplitud de la identificación

La Etapa Seis tiene la capacidad para responder a, y hallar un terreno común con, la concreción e individualidad de las personas, a la vez que se relaciona con su potencialidad o la evoca. Hay una capacidad para adoptar el rol de una comunidad universal, de modo significativo (esto es, comprobado y difícilmente ganado). La compasión activa por una mancomunidad del ser halla expresión, incluyendo pero también trascendiendo las diferencias o conflictos grupales.

E. Desafíos prototípicos a los que debe enfrentarse la fe

La fe al nivel de la Etapa Seis debe enfrentarse a la tentación de trascender y de dejarse absorber completamente por el *todo*. La irresponsabilidad ética e histórica puede resultar de una perspectiva genuinamente universalizante. Una fusión demasiado completa con lo eterno puede traer como resultado la abdicación de responsabilidades concretas o temporales.

La Etapa Seis soporta la carga y enfrenta el reto de relacionarse con las personas y motivos de preocupación de cualquier otra etapa o nivel de desarrollo. Y debe hacerlo con compasión, paciencia, y vocación de servicio. La fe a este nivel debe soportar el dolor y la posible desesperación de ver cómo causas éticas y movimientos compasivos son explotados o subvertidos por intereses menos universalizadores.

Hay una crucifixión implicada en presenciar y tener que aceptar lo inevitable de algunos desenlaces históricos signados por la tragedia. La Etapa Seis debe asumir que ve y entiende más que las otras, así como con el desafío y las responsabilidades de las identificaciones universales. También debe resistir las sutiles tentaciones del orgullo y del autoengaño, así como el peligro de corromperse a causa de la adulación.

Debe superar el peligro de una parálisis ética y política, procurando ser al mismo tiempo una fuente de enfoques constructivos, que introduzcan verdaderas novedades y posibilidades trascendentes en situaciones de conflicto o de intereses amarga y radicalmente opuestos.

Debe tolerar los malentendidos, calumnias y riesgos o manifestaciones de violencia, por parte de aquellos que no pueden comprender, o de aquellos que sí pueden comprender pero se sienten gravemente amenazados por la visión y manera de ser de la persona.

Se enfrenta la carga de ser un mediador, maestro o modelo casi divino para otros. La fe debe generar, mantener y renovar la visión de un significado cósmico que ayude a otros a subsistir. Esta es la temible carga de ser un “Sabio de Dios” (Kazantzakis).

Fuente: “Fowler’s Stages of Faith Development”, Tabla reimpressa en Kohlberg, L. (1981). *Moral Development, Religious Thinking, and the Question of a Seventh Stage. Essays on Moral Development, Volume I*, (pp. 323-333). San Francisco: Harper & Row; originalmente publicada en Fowler, J. W. (1976). *Stages in Faith: The Structural-Developmental Approach*, in Hennessy, T.C. (Ed.), *Values and Moral Development*. New York: Paulist Press, (pp. 191-203). Traducción de Levy Farías.